

# Macri y la restauración conservadora en Argentina

Los primeros seis meses de Macri en Argentina dejaron mucha tela para cortar en términos de análisis académicos, políticos y económicos. Su gobierno, que había llegado a la Casa Rosada con la idea de «mantener las conquistas sociales» logradas por los doce años de gobiernos kirchneristas –al menos ese fue su eje principal de campaña desde el aspecto discursivo–, tuvo un inicio frenético en medidas de *shock*, a contrapelo de un supuesto «gradualismo» jamás visto –pero siempre anunciado por los voceros presidenciales, creadores de un nuevo «relato». De allí que comenzara a introducir la idea de que la gran mayoría de los argentinos había vivido por encima de sus posibilidades durante la larga década kirchnerista, en una justificación de sus planes de ajuste.

Los datos fácticos no dejan lugar a malos entendidos, ni a especulaciones: Argentina sufrió una devaluación del 60 % de su moneda, con su posterior impacto en los asalariados, aquellos que dependen de ingresos fijos y deben intentar contrarrestar una inflación anualizada que no bajará –según todas las consultoras, tanto afines al oficialismo como a la oposición– del 40 %. Además, existen al momento de escribir estas líneas casi doscientos mil despidos tanto en el sector público como en el privado, lo que sumado a una subida considerable de tarifas en los servicios

públicos (agua, luz, gas y transporte, con un alza promedio del 400 %) configuran un panorama de convulsión social creciente al que desde el oficialismo se cataloga como «sinceramiento». En definitiva, un conjunto de políticas de *shock* que hicieron que aumente la pauperización social, algo cada vez más evidente en las calles del conurbano bonaerense –los populosos barrios cercanos a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Frente a ello, el macrismo salió con una fuerte campaña de denuncia de casos de corrupción durante la era K –algunos comprobados, otros no– en una estrategia de intentar desviar la atención pública ante la agudización de los conflictos sociales. La corrupción debe ser condenada en todas sus formas y más que nadie por gobiernos que representen (o intenten hacerlo) al conjunto de la población, especialmente sus sectores más humildes, tal como ha sido el kirchnerismo. Sin embargo, la utilización de esta herramienta discursiva por parte de actores que aparecen en denuncias internacionales –como los *Panamá Papers*, donde el propio Macri fue tapa de diversos medios de comunicación a escala internacional– ilustra la hipocresía del caso. Allí se verifica un doble estándar notorio, donde los *mass media* desempeñan también un papel clave: absolución completa del macrismo y condena exacerbada del kirchnerismo forman parte del combo mediático que repiten, al unísono, muchos de los medios argentinos (tanto los privados, siempre afines a la experiencia del oficialista PRO, como ahora los públicos, tras la salida de Cristina Fernández del gobierno).

El objetivo del siguiente artículo, preparado especialmente para esta edición de *Casa de las Américas*, será el de dar cuenta de los principales cambios en relación con los doce años de gobier-

nos kirchneristas, poniendo especial énfasis en la política exterior del macrismo.

## Antecedentes de resistencia

Argentina mostró, a lo largo de su historia, un músculo de resistencia firme y fuerte frente a los embates más concentrados de los gobiernos que privilegiaron favorecer al capital concentrado y a un sector minoritario de su población. Indudablemente el peronismo, como tradición política afincada en las mayorías, albergó en su seno la denuncia ante la pérdida de conquistas sociales por parte de los gobiernos de derecha (en su mayoría, de facto) que llegaron al país luego de 1955 –es decir, tras la primera salida del peronismo del gobierno nacional, golpe de Estado mediante, lo que significó el exilio del propio Perón durante dieciocho años.

Al propio menemismo, que utilizó al peronismo como palanca para arribar a la Casa Rosada y desplegar una política económica inequívocamente neoliberal, se le despertaron resistencias populares al norte y al sur del país (Tartagal, Mosconi, Cutral Có) a mediados de la década del noventa. Aquello configuró el nacimiento de lo que se llamó el «movimiento piquetero», que tuvo importancia destacada, junto a un movimiento asambleario principalmente urbano, en el fin de la experiencia neoliberal encabezada por Fernando de la Rúa, de la Unión Cívica Radical.

El 20 de diciembre de 2001 un levantamiento popular en las calles de Buenos Aires y algunas importantes ciudades del interior del país puso fin a la breve experiencia de la Alianza en el gobierno. Más de treinta muertos por la represión policial fue el lamentable saldo del estado de sitio decretado por el saliente presidente, quien

huyó en helicóptero en una imagen que tuvo repercusión internacional. La llegada de Eduardo Duhalde, dirigente del Partido Justicialista, no logró controlar la situación social: una represión llevada adelante por la policía de la provincia de Buenos Aires contra los movimientos de trabajadores desocupados terminó en el asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Aquello significó un adelantamiento de elecciones, donde Néstor Kirchner resultó triunfador, luego de que Carlos Menem no se presentara a la segunda vuelta en la que debía competir con el santacruceño (hay que recordar que el expresidente riojano incluso arribó en primer lugar a aquella contienda, de la cual se bajó ante la aplastante derrota que le auguraban las diversas encuestas).

Las presidencias de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner se encuadraron en un modelo de gobierno «nacional-popular», como bien relata Aldo Ferrer en una nota para *Le Monde Diplomatique*, donde analizó las dos variantes político-ideológicas que, a lo largo del siglo xx y lo que va del xxi, tomaron las riendas del país («El regreso del neoliberalismo»). Al poco tiempo en el poder, los Kirchner rompieron con Duhalde, buscando la creación de un proyecto superador. Diferentes organizaciones y movimientos sociales se sumaron al espacio del naciente kirchnerismo, aportando desde sus respectivas especificidades. Otros, desde afuera, marcaron sus aciertos y también sus límites. Existieron algunos –muy pocos, prácticamente marginales en el escenario político del país– que desde una supuesta izquierda lo criticaron todo durante aquellos doce años.

Lo cierto es que el kirchnerismo constituyó –aun con sus asumidas equivocaciones– un nuevo capítulo de los gobiernos que transformaron

las condiciones de vida de millones de personas. Gobiernos que, en todos esos casos en la historia argentina, fueron perseguidos cuando cesaron sus funciones, tal como se evidencia nuevamente –a tal punto que el propio Papa Francisco ha alertado sobre el «revanchismo» presente en el país, comparándolo con lo acontecido en 1955.

## La política internacional de Macri

Además del manejo macroeconómico, que ya hemos expuesto en las páginas que anteceden, otro de los ejes en los cuales el nuevo gobierno muestra un giro de ciento ochenta grados durante sus primeros meses tiene que ver con la política de relaciones internacionales. El kirchnerismo, dedicado a impulsar una serie de instancias regionales de carácter autónomo, como Unasur y Celac –Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños–, priorizó en primer lugar la agenda latinoamericana y caribeña, y luego buscó alianzas con los países emergentes, englobados en el bloque Brics (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). Por ello no extrañó cuando la propia Cristina Fernández, a mediados de 2015, le pidió a Luiz Inácio Lula da Silva que oficiara de embajador para que Argentina ingresara a ese último bloque.

La política internacional del gobierno de Macri se ha corrido con notoriedad de estos parámetros y postulados. En primer lugar, durante los primeros meses de *Cambiamos* en la Casa Rosada, Argentina consiguió ingresar como Estado Observador a la Alianza del Pacífico. Para hacerlo como socio pleno, sin embargo, debería firmar al menos dos TLC con los países que componen este bloque (México, Colombia, Perú y Chile). Por el momento el Mercosur impide esa posibilidad:

rechaza que sus miembros plenos firmen TLC en soledad (algo que se puede hacer de conjunto, claro está). Este último elemento no fue planteado en buena parte de los medios de comunicación que respaldan al presidente, los cuales reflejaron con bombos y platillos el supuesto ingreso de Argentina al bloque, lo que constituye un ocultamiento de la situación (habría que decir, además, que cincuenta países son observadores en esta nueva instancia regional, por lo que Argentina no posee una situación de ventaja).

Pero el giro se había notado con mayor nitidez antes, cuando en el verano argentino Macri participó en el Foro Económico Mundial de Davos –enero de 2016– como un guiño rápido a los capitales internacionales, apenas un mes después de su asunción (y mientras se ausentaba de la reunión de la Celac, realizada casi en paralelo a aquel cónclave). En ese entonces apareció un metamensaje que fue velozmente propagado por los medios afines al oficialismo: «con Macri en Davos las inversiones van a aparecer». Esto fue repetido día y noche por periodistas que simpatizan con el gobierno de *Cambios*, bajo la idea de que aquel viaje expresaba un supuesto «volver al mundo». Meses más tarde podemos decir que aquello fue más una sensación de deseo que una proyección basada en expectativas reales o en una lectura idónea de la situación global. Fue precisamente aquella ausencia de una «lluvia de inversiones» la que provocó la seguidilla mediática relativa a personajes como Báez y López, cuyo accionar –como decíamos anteriormente– deberá ser examinado minuciosamente por la justicia. Estos últimos aparecieron como «bálsamo» para un gobierno que solo había comunicado noticias negativas –especialmente en la esfera social– durante su fase inaugural.

Lo cierto es que, en un contexto internacional donde no hay primacía de capitales circulantes (más bien lo contrario, solo hay liquidez creciente en el área Asia-Pacífico, especialmente en China), resultaba ilusorio pretender otro resultado, al menos a corto plazo. Además, la aparición del presidente en el escándalo internacional de *Panamá Papers* mermó la capacidad de atracción que pudiese tener un mercado como el argentino, y brindó una casi irremontable imagen negativa del país en su conjunto –añadido, lógicamente, el impacto diplomático, que hizo mermar las visitas de representantes de diferentes gobiernos a la Casa Rosada. A partir de ese momento, distintos voceros del oficialismo comenzaron a enfocar su discurso en lo que denominaron la «pesada herencia» del kirchnerismo (una estrategia que ya había utilizado Fernando de la Rúa durante su efímero paso por el gobierno), en la búsqueda de una legitimación basada en objetar experiencias previas.

## La visita de Obama y las innecesarias fricciones con los Brics

La visita de Barack Obama a la Argentina fue otro de los elementos distintivos de los primeros meses de gobierno de Macri. La idea era la misma: que el viaje ilustrara el cambio de relaciones con la (aún) primera potencia mundial. Se trataba de la primera visita de un presidente de los Estados Unidos al país en más de diez años: el último había sido nada más y nada menos que George W. Bush, vapuleado durante la IV Cumbre de las Américas realizada en Mar del Plata en noviembre de 2005. En aquel entonces, la actuación del tridente Kirchner-Chávez-Lula derrumbó las pretensiones librecambistas del

dirigente del Partido Republicano, que buscaba un área de libre comercio desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

Si en el viaje de Obama a Cuba Raúl Castro se llevó buena parte del protagonismo por ser el presidente que comenzó a recomponer relaciones con Washington –aun marcando con claridad la necesidad de que cese efectivamente el bloqueo y se devuelva a Cuba la soberanía sobre el territorio de la Base Naval de Guantánamo, condiciones que La Habana no negocia–, durante la visita de Obama a la Argentina el dirigente del Partido Demócrata dejó en un segundo plano al presidente electo (a tal punto que el propio TN, canal de cable del grupo Clarín, tituló en un *graph*: «Obama visita a Macri»). Los medios norteamericanos, asimismo, dieron poca cobertura de este viaje, que se producía a apenas días de los atentados en Bruselas, aun cuando la histórica visita del presidente estadounidense a Cuba hubiera sido relatada minuto a minuto.

Las fricciones con el bloque Brics no tardaron en llegar, comprobado el nuevo realineamiento internacional de Buenos Aires. Podemos enumerar varios elementos que dan cuenta de ello, y que han sido presentados como «hechos aislados» por los medios argentinos:

–El hundimiento del pesquero chino Lu Yan Yuan Yu 010 en la provincia patagónica de Chubut, aun cuando este se encontrara dentro de las doscientas millas marinas de exclusión nacional, no fue visto con buenos ojos desde Beijing, teniendo en cuenta que había medidas preliminares para tomar en estos casos. El hecho sucedió en marzo de 2016 e implicó un veloz posicionamiento de la cancillería china, que a través de un comunicado expresó «gran

preocupación» y exigió a Argentina tomar medidas para prevenir incidentes similares.

–El aviso de exclusión del canal de noticias Russia Today (RT en Español) de la señal de la Televisión Digital Abierta (TDA) significó una alerta para el canciller ruso Serguei Lavrov, quien manifestó públicamente que «se nos pidió no tomarlo como algo “antirruso”. [...] Si la idea [de suspender la emisión] se aprueba, no será percibida por nosotros como un gesto amistoso que se corresponda con la cooperación estratégica y el ambiente en el que nuestros presidentes hablaron recientemente por teléfono». No es común este tipo de declaraciones por parte de Moscú, por lo cual queda claro el fastidio que implica el incumplimiento de los compromisos acordados con el Estado argentino durante la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner.

–La visita del canciller interino de Brasil, José Serra, y su reunión con Mauricio Macri, se constituyó en una veloz legitimación a un gobierno que apenas cumple funciones mientras la presidenta suspendida Dilma Rousseff es juzgada en un proceso denominado *impeachment* –al que diversos analistas catalogan, en esta ocasión, de «golpe en cámara lenta», considerando que los temas administrativos que se imputan no alcanzarían para determinar su salida de Planalto. Si bien la canciller argentina Susana Malcorra comparte con Serra la idea de «flexibilizar» el Mercosur (es decir, abrirlo hacia las economías de la Alianza del Pacífico), su veloz encuentro con el dirigente del PSDB que ahora se aloja transitoriamente en Itamaraty puede ser una mala señal de cara a un hipotético retorno del Partido de los Trabajadores al gobierno (sea

luego del *impeachment*, o en una elección presidencial próxima).

—El ingreso de Argentina como Observador a la Alianza del Pacífico significa un virtual guiño político al TPP (Acuerdo Transpacífico), que viene atado al combo de esta nueva instancia de integración regional. El TPP es visto por diversos analistas como un acuerdo global contra China, liderado y digitado por los Estados Unidos y Japón. Esto se verificó en octubre de 2015, cuando Obama afirmó que «no dejaremos a países como China escribir las reglas de la economía global». El TPP implica que las corporaciones tengan mayor peso que los Estados en la toma de decisiones (el eje farmacéutico y el impedimento para la fabricación de medicamentos genéricos en los países firmantes es un ejemplo de ello). Es un acuerdo a medida del 1 % de la población mundial que, según datos de Oxfam, maneja más recursos que el 99 % restante.

Como vemos en estos cuatro ejemplos concretos, y a pesar de un discurso gubernamental que intenta quedar como equidistante entre Washington y Beijing/Brics, la gestión de Macri está atrapada en uno de esos fuegos. Recientemente Luiz Moniz Bandeira, uno de los mayores expertos en relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, advirtió, entrevistado por el periódico *Página/12*, que la intención de Washington era promover bases o cuasibases (es decir, centros de apoyo para movimientos militares) en Ushuaia —extremo sur del país— y la Triple Frontera con Paraguay y Brasil —nordeste. «Las bases aún no existen, pero tengo información de que están siendo negociadas con Macri. Es una vieja intención de los Estados Unidos, y

ahora aprovechan la situación política favorable», advirtió Bandeira el 20 de junio pasado. Esta advertencia ilustra las complejidades que aparecen bajo la marketinera idea de «volver al mundo», lo cual podría implicar, en términos concretos, una pérdida parcial de la soberanía.

## ¿Hasta cuándo se puede gobernar con ajuste? ¿Qué hará el peronismo?

En esa pregunta reside la inquietud principal sobre la Argentina que viene. El gobierno de Macri impulsó una redistribución negativa —es decir, regresiva— donde los sectores más acaudalados (bancos, grandes *pooles* de soja, mineras) lograron mejoras sustanciales sobre la base de diversas exenciones impositivas, mientras la gran mayoría de la población se vio alcanzada por los tarifazos (agua, luz, gas, transporte). Los casi doscientos mil despidos y una negociación paritaria por aumentos de sueldos inferior a la inflación grafican un escenario general de enfriamiento inducido de la economía, que está golpeando con intensidad a las pequeñas y medianas empresas (muchas de las cuales ya han cerrado sus puertas).

El año venidero, 2017, será escenario para elecciones intermedias. Se deberán elegir diputados y senadores nacionales. Será la prueba de fuego electoral para el macrismo. La resolución dependerá del manejo que el oficialismo haga de la convulsionada situación económica y social, y del realineamiento electoral que pueda mostrar —o no— el peronismo/kirchnerismo. En este último espacio habrá que ver cómo se termina equilibrando el peso de diversas figuras (Cristina Fernández de Kirchner, Daniel Scioli, Sergio Massa, Florencio Randazzo), sin descartar la



posibilidad de que, tal como sucedió en 2015, haya diversas boletas «midiéndose» en el cuarto oscuro. Esto, más allá de servir para definir quién será la oposición al macrismo, podría terminar beneficiando al oficialismo, descomprimiendo el rechazo a este en varias candidaturas simultáneas. La reciente ruptura de una parte del bloque de diputados del Frente para la Victoria demuestra las tensiones que aparecen en este espacio, donde un sector intenta diferenciarse del llamado «kirchnerismo duro», sin descartar la posibilidad de obtener concesiones concretas de parte del gobierno —y coqueteando con figuras que rompieron con Cristina Fernández previamente, como Massa y Bossio. El macrismo, conciente de sus limitaciones en cuanto al modelo económico, juega sus fichas para lograr una implosión total de la oposición, que pueda permitirle una sobrevida mayor en un escenario desfavorable.

Algunos analistas, afines al gobierno de Macri, plantean que fue una definición tomar al principio del gobierno aquellas primeras medidas drásticas —«inevitables» según el glosario oficialista, algo que queda refutado por diversas experiencias históricas de la Argentina— para luego esperar un repunte económico en el año electoral venidero (meta que no aparece de forma nítida, de acuerdo a las proyecciones que mencionábamos). Otros, como el asesor Jaime Durán Barba, vaticinan que es difícil lograr una recuperación en la aceptación popular tras medidas de ajuste de ese calibre, más allá de que luego intenten matizar tales vaticinios. Incluso Durán Barba, durante una aparición televisiva, puso como ejemplo su experiencia como asesor de Jamil Mahuad en Ecuador, en una experiencia que terminó eyectada del Palacio de Carondelet tras un programa económico abiertamente ortodoxo

(en aquel entonces se concretó la dolarización que aún persiste en ese país, luego de un feriado bancario y medidas de *shock*).

## Primeras conclusiones, escenario abierto

Las páginas que anteceden han servido como base para realizar una primera caracterización de las medidas iniciales de Macri en el gobierno, principalmente desde las variables económicas del país. Como hemos visto, se trata de una experiencia de la autodenominada «nueva derecha» regional que, al momento, tiene más de derecha que de nueva. Si el kirchnerismo hizo del defecto virtud y aprovechó cada una de sus crisis para impulsar medidas de carácter progresista (Ley de Medios, Asignación Universal por Hijo, estatización de fondos jubilatorios), aún no conocemos cuál podría ser la «agenda positiva» del macrismo ante sus propios momentos de convulsiones.

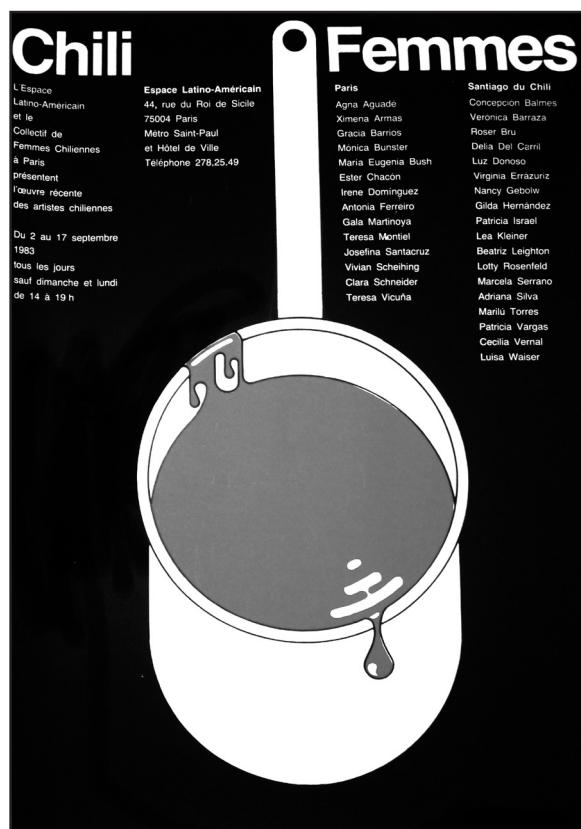
Partiendo de hechos concretos, hemos dado cuenta también de las dificultades que han tenido gobiernos similares en cuanto a su legitimación posterior en las urnas. El caso de la Alianza es ilustrativo en este sentido: fue el único gobierno que, tras la llegada de la democracia en 1983, perdió sus primeras elecciones intermedias, a mediados de 2001, antes de la debacle que terminara con su brevísima experiencia en diciembre del mismo año. A diferencia de la Alianza, el escenario de pauperización económico-social que encontró *Cambiamos* no fue de la magnitud que dejó el menemismo, aunque sí evidenciamos una notoria pauperización social en los primeros meses de este año. En conclusión, Macri afrontará en 2017 unas elecciones que serán verdaderamente decisivas para su futuro en la Casa Rosada.

A contratendencia de lo que sucede en la región, el posible fraccionamiento de la oposición y de sus principales figuras en la contienda electoral que se avecina es una de las variables que podría incidir en una «despolarización» de los comicios. Lo que no invalida que, de acentuarse el panorama de exclusión social evidente, pueda repercutir igualmente en el oficialismo y su performance.

Finalmente, hemos realizado un repaso minucioso por la nueva política exterior del macrismo, afincada en la noción de «volver al mundo», presupuesto bajo el cual existió una reorientación de las relaciones exteriores rumbo a una vinculación más cercana con los Estados Unidos y la Unión

Europea, lo que se contrapone con la política de relaciones internacionales desplegada por el kirchnerismo durante los doce años anteriores.

El escenario queda, por tanto, abierto. El macrismo deberá construir su legitimidad si pretende consolidar un proyecto de largo alcance en la Casa Rosada, y no ser una efímera experiencia más de las derechas vernáculas—con conexiones externas, como bien lo demuestran los *Panamá Papers*. ¿Podrá Macri recomponer su imagen luego de un ajuste tan pronunciado? ¿Le alcanzará con intentar dividir a la oposición? Son preguntas que orientarán los próximos meses (¿y años?) en la Argentina. **C**



HÉCTOR CATTÓLICA (Argentina): *Chili Femmes*, 1983



# La Argentina en su laberinto

**A** Jorge Luis Borges se le atribuye el haber dicho que «los peronistas no son ni buenos ni malos; son incorregibles». Al ponernos a escribir estas líneas no pudimos evitar que nos asaltara una y otra vez esa frase para ofrecer una primera pincelada sobre la Argentina actual. No es azaroso que la caracterización que el gran escritor hiciera del peronismo pueda ser aplicada, sin forzar demasiado las cosas, al país que lo vio nacer. Porque, al fin y al cabo, decir que la Argentina es incorregible, que parece condenada por los dioses del Olimpo a oscilar entre el neoliberalismo más desenfrenado y el populismo, y entre el tercermundismo y la sumisión neocolonial, es simplemente constatar lo evidente. Esta Argentina impenitente a finales de 2015 provocó un terremoto político de dimensiones continentales al poner inesperado fin a la hegemonía del kirchnerismo y, por añadidura, facilitar la arremetida de la derecha y el imperialismo en contra de los gobiernos de Dilma Rousseff en Brasil y de Nicolás Maduro en la República Bolivariana de Venezuela, y crear un clima de opinión propicio para las derrotas de Evo Morales en el referendo por la reforma constitucional en Bolivia y de la izquierda en la Alcaldía Mayor de Bogotá, en Colombia, en sendas consultas electorales que tuvieron lugar poco después del triunfo del macrismo.

En las páginas que siguen examinaremos en primer lugar las razones de la caída del kirchnerismo para, a continuación, pasar revista a las principales decisiones tomadas por el gobierno de Mauricio Macri y su significación actual no solo en términos económicos sino también políticos e internacionales.

## Claves de una derrota

No pretendemos, en esta sección, efectuar un balance exhaustivo de los doce años del kirchnerismo. Nuestro objetivo es más modesto: entender por qué se puso fin a una experiencia sociopolítica y económica que, de no haber mediado una serie de decisiones erróneas en la campaña electoral y desafortunadas opciones de política económica, podía haber continuado su curso y profundizado las transformaciones que habían tenido lugar en ese período.<sup>1</sup> Y, paralelamente, promover un debate hasta ahora inexistente, o que se lleva a cabo silenciosamente y en las sombras, sobre lo acaecido en aquellos años y las razones de una derrota. Estas reflexiones finales pretenden acercar algunas ideas para un esfuerzo de síntesis y evaluación autocrítica que necesariamente deberá ser colectivo y tener lugar pronto. Después de que el presidente Raúl Alfonsín renunciara a su cargo pocos meses antes de la finalización de su mandato, el autor de

1 Hemos examinado en detalle estos problemas que hicieran de la derrota sufrida a manos del macrismo una verdadera «crónica de una muerte anunciada» en nuestro: «Argentina 2015: claves para una derrota», en <<http://www.atilioboron.com.ar/2015/12/argentina-2015-claves-de-una-derrota.html>>. La presente contribución relabora y amplía algunos de los argumentos contenidos en ese texto.

estas líneas tuvo la oportunidad de entrevistarlo. Allí pudimos manifestarle nuestra preocupación, sintéticamente puesta en estos términos: ¿por qué ante la traumática salida del primer presidente de la transición democrática, su partido, la Unión Cívica Radical, no realizó una autocrítica de lo sucedido, denunciando a los responsables de la escalada hiperinflacionaria y los saqueos que terminaron por eyectarlo de la Casa Rosada y transferirle el mando a Carlos S. Menem seis meses antes del plazo constitucional? Su respuesta tuvo una lacónica contundencia: «querido amigo», dijo Alfonsín mientras me palmeaba la espalda con un gesto paternal, «en este país toda autocrítica termina en antropofagia. Por eso no hay autocrítica en la Argentina». Este recuerdo de hace poco más de un cuarto de siglo tal vez sirva para comprender el estruendoso silencio que todavía hoy sobrevuela este país, salvo contadísimas excepciones, en relación con la derrota y posterior debacle del kirchnerismo, precipitada esta última por la veloz disgregación de lo que se suponía serían sus leales efectivos en el Congreso Nacional, las gobernaciones e intendencias, y por el apresamiento y procesamiento de algunos de sus más encumbrados personeros y funcionarios, acusados de estar involucrados en numerosos actos de corrupción.<sup>2</sup>

2 Al momento de enviar este trabajo para su publicación apareció una muy sugerente entrevista al historiador Norberto Galasso. Ver «Dicen que Cristina escucha poco». Entrevista a Norberto Galasso, en *Revista Zoom* (Buenos Aires), 21 de junio de 2016. Desde su perspectiva, que no es idéntica a la nuestra, Galasso reitera el señalamiento de la total ausencia de autocrítica en el kirchnerismo, así como de los graves errores de gestión que ocasionaron su derrota. Disponible en la web en <<http://revistazoom.com.ar/dicen-que-cristina-escucha-poco/>>. En relación con las deficiencias del proyecto